

La Voz de Guipúzcoa

Año VIII.

Diario Republicano.

Núm. 2.448

San Sebastián.—Sábado 9 de Enero de 1892.

Teléfono número 24.

Redacción y Administración: Echaide 6, bajo.

Servicio telegráfico especial La Voz de Guipúzcoa

Cotización de la bolsa de Madrid 8 Enero 1892.

4 por 100 interior	92.10
4 por 100 exterior	75.75
4 por 100 amortizable	79.00
Obligaciones del Tesoro	800.00
Billetes hipotecarios de Cuba 1886	103.00
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	84.80
Acciones del Banco de España	875.00
Acciones de la Compañía de tabacos	91.12
Paris cheque	14.25
Paris 8 dias vista	00.00
London cheque	92.75
London 90 dias fecha	00.80

Cotización de la bolsa de Paris 8 Enero.

Francés 3 por 100	95.40
8 por 100 amortizable	96.20
4 1/2 por 100	108.80
España exterior 4 por 100	63.45
Ruso 5 por 100	64.25
Italiano 5 por 100	91.00
Turco 4 por 100	15.67
Egipto unificado	470.75
Portugués 3 por 100	81.116
Huarez 4 por 100	91.12
Banco de Francia	4470.00
Crédit Foncier	1225.00
Crédit Lyonnais	895.75
Société Générale	475.00
Banco Otomano	557.50
Suez	2977.50
Panamá	22.00
Norte España	217.50
Madrid, Zaragoza, Alicante	210.00
Rio Tinto	475.00
Tharsis	149.37
Buenos-Aires, día 6, oro 570.	

DECLAMACIONES

Mucha afición al arte de declamar se le va desarrollando al órgano del unionismo.

Muy cerca de dos columnas en primera plana le parecen todavía poco para decirnos que sus amigos son unos santos varones á quienes hay que canonizar y que nosotros somos unos empecatados mercederos de una piadosa exorcización.

En menos espacio y con más calma y razón vamos á dar cumplida respuesta á las declamaciones del periódico unionista, que no es la palabrería la mejor compañera de la razón. Admirase una vez más, ya lo ha hecho varias, de que cuando surgió aquí la cuestión de Pocopandegui no nos apresuráramos á demeritar aquellas falsedades y á destruir tan enormes columnas, y admirase una vez más también de que como nosotros guardásemos silencio el Ayuntamiento.

Si las corporaciones estuviesen á la disposición del primer Juan que apareciese por ahí deslumbrando á los tontos con sus invenciones no sería floja la tarea que se las vendría encima. Porque aquí donde todo lo corren las pasiones políticas es ley en algunos obcecados el atacar á las corporaciones con imputaciones falsas y destituidas de todo fundamento.

Esto lo saben de sobra los unionistas que han pertenecido como nosotros á la coalición, que como nosotros han condenado esa conducta loca y desatentada y que como nosotros han convenido en diversas ocasiones en que el prestigio y la reputación del Ayuntamiento están muy por encima de los malos deseos de algunas gentes y que por lo tanto era el silencio ó el desprecio la mejor respuesta á las falsas imputaciones de estas, sin perjuicio de dar á su tiempo las satisfacciones que fuesen oportunas á la pública opinión.

¿Olvidan ó ignoran los unionistas que desde hace tres años los pocopandeguis se han sucedido sin cesar; que ellos fueron también víctimas muchas veces de las acusaciones y dicharachos por ahí lanzados y que entonces ajustaron su conducta á la que ahora han seguido nuestros amigos?

¿Apresurarse á destruir las mentiras... ¡qué más quisieran los mentrosos! ¡qué mayor satisfacción podría dárseles! Nada de eso. Los autores de tan falsas acusaciones no son la opinión, ni ésta ve lo que aquellos quieren que vea. Tiene confianza en los administradores públicos y sabe que el silencio es desdén metódico á las mentiras de los que emplean como única arma la falsedad y la retorción.

Nosotros nos enteramos de lo que en el asunto había y le concedimos la importancia que le ha concedido el Ayuntamiento y creímos que debía tratarse cuando á la corporación conviniere y no cuando los Juanes quisiesen.

Recuerde el colega que más de una vez le aconsejamos que se acercase á la comisión respectiva y se convenciese de que ésta había procedido correctamente y de que los que *¡alea!* los abortos literarios de un reformista despedido, estaban haciendo el violón.

Los concejales unionistas no se dieron gran prisa en tratar el asunto. Y al tratarse, al fin, ¿qué ha resultado? ¡qué ha quedado de aquella montaña que tanto alarmó al colega, hasta el punto de pedir su demolición inmediata, olvidándose de lo que hasta entonces había sido plan de conducta en sus amigos en lo referente á acusaciones lanzadas por los sistemáticos enemigos de la coalición?

Prende *La Unión* negar que algunos de sus amigos hayan provocado un espectáculo inaudito en el Ayuntamiento. ¿Pues qué otra cosa es sino el suscitar un documentado debate sobre la existencia de un documento que no existe, que no ha existido, y sobre cuya no existencia se les ofrece, no ya solo el honoradísimo testimonio de los concejales que han intervenido en el asunto, y cuya palabra debe bastar á todo el que no tenga la necia pretensión de creerse infalible, sino el de la única persona que podía ser autora del documento en cuestión, caso de que hubiera existido éste?

Si ésta infundada tenacidad, si á este empe-

ño y á este tesón que nada prueba sino apasionamiento y mala intención no lo llama el colega espectáculo inaudito, ¿á qué vamos á llamarlo?

Concluylamos. El colega sigue hablando de ligerezas, de acuerdos que no se cumplen, de exaltación de atribuciones y facultades, etc. Esa opinión no debe de ser la del partido unionista. Porque existe un acuerdo que cuenta con los votos de los concejales unionistas por el que se declara que el Ayuntamiento ha procedido desde un principio en el asunto de Pocopandegui correcta y pulcramente.

Póngase *La Unión* de acuerdo con sus amigos.

Otros dos arranques declamatorios del colega vamos á recoger y terminamos.

Llama á la coalición liberal «planta que hay que arrancar por ventana de esta tierra». Rímonos. Porque sería cosa de llorar si al unionismo le pareciese bien la coalición liberal y porque si han de ser los unionistas y sus albarderos los que arraquen la planta coalicionista en este país, seguras están sus raíces por toda una eternidad.

«Nos quedamos en nuestro campo—termina diciéndonos—nos quedamos amando mucho á «Vasconia y á sus fueros y libertades; nos quedamos para decir desde aquí que por lo mismo que queremos que los fueros brillen en toda su pristina pureza, etc.»

Palabras, palabras, poesía callejera, coplas de ciego, música de murga, carifios conservadores. Cuatro varas de percalina y cuatro brochazos para ocultar un ministerialismo de estómago.

Manuel Iturriaga

Balada vasco-francesa

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga!

ra descubrir la tumba de María y retener un puesto á su lado.

A verle pálido y abatido, á contemplar la horrible expresión de sus ojos, sus cabellos crizados, y sus zapatos cubiertos de polvo y roto, se hubiera dicho que había salido del sepulcro.

No por eso dejó de reconocerle el vecino Idiarte: «¡Ola, Manuel Iturriaga! ¿Cómo estás de salud? ¿Desde cuando os halláis do vuelta?»

«¿Seguis bien, no es verdad? Deseo que hayais hecho un viaje provechoso. Espero que no hayais sido atacado ni robado en el camino, y que los gitanos continúen considerándoos como amigo.»

«¡Si he de decirlo la verdad, no me gusta mucho el camino que habeis elegido para vuestros negocios: en él paliegran la bolsa y el cuello, se comen pollos gordos como pulgas, y uno es devorado por pulgas del tamaño de pollos.»

«Yo en vuestro lugar preferiría el camino de Bayona. Allí no hay rocas, ni precipicios, ni merodeadores; todo es llano y se encuentra buena compañía.»

«Vamos, haced la prueba. ¿Queréis hacer un viaje por mi cuenta? Tengo necesidad de una multitud de cosas; sobre todo de dos barriles de sardinas.»

«Buena mercancía, que se vende bien, sobre todo cuando las muchachas están enamoradas y dejan quemar la cena de sus padres.»

«Ayer, sin ir más lejos, iba á acostarme, cuando una de vuestras conocidas, Manuel, vino á llamar á mi puerta á comprarme sardinas.»

«Había puesto al fuego las dos que quedaban en casa, y mientras que su anciana madre se dormía, ella se había puesto á soñar en alguno de nuestros amigos á quien ama perdidamente.»

«Una de las sardinas cayó al fuego y se abrasó. Despertada por el olor, la vija reprendió duramente á su hija, que así, tanto por escapar de sus reproches, como para reparar el accidente.»

«Pero... temen que os haya sucedido alguna desgracia. María Larrabure ha vuelto á mi casa, á preguntar si os había visto en alguna parte.»

«¡Oh, qué hombre tan dichoso es el arriero Manuel Iturriaga! Todo el año come lonjas de jamón y huevos fritos, en lugar de sardinas que detesta.»

CHIRIGOTAS UNIONISTAS

Parécete al órgano unionista que no tiene nada de inepto ni de torpe el alcalde y que á nosotros nos pareciera lo mismo si éste fuese coalicionista.

Olvida el colega que lo ha sido y que la coalición pudo hacerle alcalde si hubiera querido, sino que no quiso. Que por qué? por lo de la ineptitud y lo de la torpeza.

Por lo demás, tantas ganas tenía de ser alcalde, que por serlo hubiera sido capaz de reconocer por jefe á Zorrilla, al compañero Iglesias ó al mismísimo demonio.

Pero lo que le llega al alma al colega es que tengamos un alcalde tan complaciente... con los coalicionistas.

«Porque solo por una complacencia extrema—dice—ha habido en el Ayuntamiento discusiones que se debían haber cortado con la «campanilla presidencial á la primera palabra.»

Adios, Calomardie.

No hubiera dejado de hacerlo el alcalde si hubiera podido.

Pero disponer de la presidencia no es disponer de la Corporación.

Porque si los concejales de la minoría son de los que se dejan domeñar á campanillazos, los de la mayoría saben lo que se deben á si propios y lo que deben á la representación que ostentan.

Dice *La Unión* que aspira á que el prestigio de nuestras corporaciones brille muy alto (¡ya se conoce!) y á que informalidades como las de Pocopandegui no se repitan más, y lo mismo, agrega, opinan esos dos ó tres concejales ignorantes (unionistas).

De esos dos ó tres concejales, uno dice que firma lo que le ordenan, otro anuncia que se le importan un bielo los votos de censura de la corporación municipal y el tercero entiende siempre las cosas al revés. De suerte que de ello puede pensarse, sin ofenderles, que no opinan.

Respecto del colega, que si opina, debe en nuestro concepto antes de llamar informalidad á lo de Pocopandegui ponerse de acuerdo con sus correligionarios y amigos los concejales unionistas que en la última sesión han declarado que la conducta del Ayuntamiento ha sido correctísima en dicho asunto sin que merezca la menor censura.

Cosas que se le ocurren al mismo periódico en perjuicio de su desgraciado amigo el marqués de San Felices:

«La Voz tomando el rábano por las hojas dice que nadie llamó aquí hace un año al señor marqués y él se empeñó en darse por llamado.»

Muy bien; el señor marqués de Sanfelices se presentó como candidato con plenísimo derecho.

Esto, como se vé, tiene con aquello la misma analogía que los fósforos de Cascante con los amantes desdefinados.

Y si bien es verdad que no obtuvo el triunfo, y no se ha muerto Dios de viejo, en el mismo caso se hallan los señores Goitia, Gorostidi y Torregilja.

Ninguno de estos señores dijo muchísimas veces que su triunfo era seguro, indubitable é indiscutible.

Y al que más le faltaron 170 ó 180 votos para triunfar.

En cambio el desgraciado marqués repitió todos los días que triunfaría.

Y, en efecto, no le faltaron más que unos dos mil votos para salirse con la suya.

«Olvídalo el colega que apostamos mil pesetas contra un perro chico y ganamos el perro chico?»

Dijo *El Fuerista* y copiamos nosotros:

«Dela reciente conversión de los Sres. Salazar y Asqueta al unionismo, apenas se habla.»

«Hay quienes no se extrañan del suceso.»

«Por aquello de que un conspicuo unionista dijo antes de ahora que á los dos concejales citados, y especialmente al último, se los metía «en el bolsillo.»

Y comenta *La Unión*:

«Nos parece que ambos periódicos no están en el lierto. Porque nosotros, al menos, no tenemos noticias de que ningún unionista, conspicuo y no conspicuo, haya dicho semejante cosa. En cambio, sí sabemos que la coalición liberal vertió esa misma frase ú otra parecida, aludiendo á una digna autoridad cuando su nombramiento fué del dominio público.»

«Y por cierto que esa misma autoridad está demostrando que no se deja meter fácilmente «en el bolsillo de nadie.»

Que el colega no tenga noticia de que ningún unionista haya dicho eso, no quiere decir en efecto, que no lo ha dicho.

No es, pues, más que la negación de un periódico enfrente de la afirmación de otro periódico.

En cambio nosotros podemos decir, que no tenemos noticia de que la coalición liberal vertiese igual frase ú otra parecida aludiendo á una digna autoridad, sino que no es cierto que la vertiese.

Así como suena, no es cierto. Venga, si no, la prueba.

Puesto que el colega sabe que la coalición ha dicho tal cosa, cite el sitio, la fecha y hasta los nombres de las personas.

Las cosas así, claritas. De otro modo comprenda el colega lo difícil de su situación.

La marina de los Estados Unidos

La prensa americana consagra artículos de elogio á la construcción del nuevo acorazado *New York*. Los aplausos de la prensa parecen justificados, porque la construcción del *New York* constituye un progreso de la mayor importancia en la industria naval de los Estados Unidos.

Cuando en 1833 el gobierno americano concibió la idea de crear una nueva marina de guerra, le fué imposible hacer nada que se aproximara, como ejecución técnica y como potencia, al nuevo crucero que acaba de ser botado al agua. Ni el gobierno ni la industria particular poseían los recursos materiales en útiles instalaciones, necesarios para trabajos de ese orden y de tanta importancia. Por otra parte, el personal científico de la marina no contaba en su seno con ingenieros que estuviesen á la altura de semejante empeño. La generación de entonces no tenía ni los estudios especiales ni la experiencia de las grandes construcciones navales; y aún cuando se quisiera, bajo la administración de Grover Cleveland, emprender la construcción de los cuatro primeros cruceros cuyos créditos habían sido votados por el Congreso, era menester pedir modelos y planos á otras naciones. Parecía, pues, necesario comprar planos en Inglaterra y copiarlos ó imitarlos para echar las primeras bases de la marina, sin la cual el poder real de los Estados Unidos carecería de uno de los más esenciales elementos sobre los que debe fundarse.

El lanzamiento del *New York* comprueba el inmenso progreso realizado desde 1833. La primera pieza del buque comenzaron á hacerle hace cuatro meses, y en tan corto tiempo se ha terminado, proveyéndole de poderosas máquinas, un gran crucero acorazado que posee, en el más alto grado, las condiciones ofensivas y defensivas exigidas á un buque de guerra de su clase. Esta posibilidad de construir rápidamente barcos de un orden superior aumenta considerablemente, dice con razón la *Tribune*, las fuerzas defensivas de la nación. No son los Estados Unidos más fuertes solo porque posean una flota respetable, sino porque tienen en su seno los recursos necesarios para doblar en poco más de un año sus armamentos marítimos.

Si en 1833, dice el *Courrier des Etats Unis*, cuyo es este artículo, se hubiesen suscitado complicaciones capaces de motivar una guerra extranjera, la gran República no hubiera contado sino con una escuadra insignificante para defender sus tres líneas de litoral, sin industrias ni medios de trazar y construir buques que respondiesen á las necesidades de su situación. Hoy son fuertes los americanos ó están en vías de serlo prontamente. El progreso cumplido en la arquitectura naval y en las industrias que con ella se enlazan, los coloca en situación de sostener una larga guerra, como entiende la *Tribune*, con cualquiera potencia europea.

Posible es que esta confianza sea prematura, cuando no exagerada; pero no es menos cierto que los americanos tienen razón para felicitarse de haber podido en catorce meses procurarse, sin auxilio extraño, un buque igual en potencia, velocidad, resistencia, capacidad para